Después de un juicio indebidamente largo, Babeuf y un colega suyo fueron ejecutados. Otros conspiradores sufrieron la deportación.

Aun suponiendo que la Conspiración de los Iguales hubiese tenido mejor suerte en su intento de derrocar al Directorio, no puede dudarse de que Francia distaba mucho de estar preparada para aquella interpretación socialista de los ideales de 1789. Siendo una minoría predestinada al fracaso, puede servir no obstante, para poner de relieve las importantes características "burguesas de la Revolución Francesa, especialmente para el estudioso de hoy en día. El manifiesto que sigue, escrito por Silvano Maréchal, amigo de Babeuf, y distribuido después que se disolvió la Sociedad Panteón, constituye una expresión fidedigna y breve de su crítica social.

MANIFIESTO DE LOS IGUALES.

¡Pueblo de Francia! Durante quinces siglos habéis vivido como esclavos, y, por consiguiente, con desdicha. Apenas hace seis años habéis empezado, con la esperanza de la independencia, a respirar felicidad, igualdad. La primera exigencia de la naturaleza, la primera necesidad del hombre y el principal lazo de toda asociación legítima. ¡Pueblo de Francia! no habéis sido más afortunados que otras naciones que vegetan en este desdichado crecer. Siempre y en todas partes la pobre raza humana, entregada a caníbales más o menos diestros, ha servido de juguete a todas las ambiciones, de pasto a todas las tiranías. Siempre y dondequiera los hombres han sido adormecidos con bellas palabras; nunca y en ninguna parte han logrado realidades con la palabra. Desde tiempos inmemoriales se ha repetido hipócritamente que los hombres son iguales; y desde tiempo inmemorial pesa incesantemente sobre la raza humana la más degrandante y la más monstruosa desigualdad. Desde el alborar de la sociedad civil ha sido reconocida aquella nobilísima herencia de hombre, sin contradicción, pero si no llega a realizarse en ninguna ocasión, la gualdad jamás ha sido otra cosa que una bella y estéril ficción de la ley. Hoy, cuando se exige con voz más recia, se nos replica: Calláos, desventurados! La igualdad de hecho no es nada más que una quimera; contentáos con la igualdad condicional: todos sois iguales ante la ley. ¿Qué más queréis, canallas? Qué más queremos? ¡Legisladores, gobernantes, ricos propietarios, escuchad ahora! Todos somos iguales, ¿no es así? Esté principio es indiscutible. Pues, a menos de estar atacado de locura, nadie puede decir seriamente que es de noche cuando es de día.

¡Magnífico! Pedimos de aquí en adelante vivir y morir iguales, lo mismo que hemos nacido iguales. Exigimos la igualdad real o la muerte, eso es lo que queremos.

¡Y tendremos esta igualdad real, no importa a qué precio! ¡Ay de aquel que se interponga entre nosotros y ella! ¡Ay de aquel que resista a un voto así pronunciado!

¡La Revolución francesa es únicamente precursora de otra, más grande y más solemne revolución, que será la última!

¡El Pueblo ha pasado sobre los cuerpos de los reyes y

y los sacerdotes que se conjuraron contra él; hará lo mismo con los nuevos tiranos, con los nuevos hipócritas políticos que han ocupado los puestos de los antiguos! ¿Qué más queremos que la igualdad de derechos? ¡Queremos no sólo la igualdad transcrita en la declaración de los Derechos del Hombre y los ciudadanos; queremos tenerla entre nosotros y bajo el techo de nuestras casas. Admitimos todo por ella; hacer una tabla rasa para que ella sola quede. ¡Que todas las artes perezcan, si es preciso, con tal de que tengamos igualdad real! (*) ¡Legisladores y gobernantes, que ni tenéis genio ni buena fe; ricos propietarios sin entrañas, en vano trataréis de desacreditar nuestra santa empresa diciendo que no consiste en otra cosa sino en volver nuevamente a la ley agraria, ya exigida más de una vez hasta ahora! ¡Calumniadores! ¡Calláos y, en el silencio de la confusión, escuchad nuestras demandas, dictadas por la naturaleza y basadas en la justicia!.

La ley agraria, o reparto de las tierras, fue aspiración inmediata de algunos soldados sin principios, de algunos pueblos movidos por su instinto y no por su razón. Nosotros queremos algo más sublime y más equitativo: el bien común, o la comunidad de bienes. No más propiedad individual de la tierra; la tierra no pertenece a nadie. ¡Queremos, y tendremos, el disfrute común de los frutos del mundo, frutos que son de todos.

¡Declaramos que nosotros, unidos a la enorme mayoría de los hombres no trabajaremos ni sudaremos más al servicio del buen placer de una corta minoría! ¡Bastante y por demasiado tiempo han dispuesto menos de un millón de individuos de lo que pertenece a más de veinte millones de su misma clase!

¡Que cese este gran escándalo, tan enorme que nuestros nietos apenas podrán creerlo!.

¡Que desaparezca de una vez para siempre ya perturbadora distinción de ricos y pobres, de grandes y pequeños, de amos y criados, de gobernantes y gobernados! (**)

---

* Esta fue una de las sentencias que provocaron oposición entre otros miembros del comité.

** Según nos dice Buonarroti, la idea de la abolición de gobernantes fue también objetada por algunos de sus colegas.

Que no existan más diferencias entre los seres humanos que las de edad y sexo. Puesto que todos tienen las mismas necesidades y las mismas facultades, todos deban recibir la misma educación y la misma comida. Nos conformamos con un sol y un aire para todos. ¿Por qué no ha de bastarnos a cada uno de nosotros la misma proporción y la misma calidad de alimento? Pero ya los enemigos de este orden de cosas, que es el más natural que pueda imaginarse, declaman contra nosotros. Dicen que somos personas anárquicas y facciosas, que sólo queremos matar y saquear. ¡Pueblo de Francia! no malgastaremos nuestro tiempo en replicarles, pero os diremos; la santa empresa que organizamos no tiene otra aspiración sino poner fin a las disensiones civiles y a la miseria pública.

Jamás ha sido concebido ni puesto en ejecución un designio más vasto. De vez en cuando, algunos hombres geniales han hablado de ello en voz baja y trémula. Ninguno ha tenido el valor de decir toda la verdad.

El momento de las grandes medidas ha llegado. El mal está en su apogeo. Cubre la superficie de la tierra. El caos, con el nombre de política, reina aquí desde hace demasiados siglos. ¡Que todo vuelva una vez más al orden y que ocupe su lugar adecuado!

A la voz de igualdad, organícense los elementos de la justicia y del bienestar. Ha llegado el momento de fundar la República de los Iguales, el gran refugio abierto a todos los hombres. Llegaron los días de la restitución general. ¡Familias que gemís en la miseria, venid y sentaos en la mesa común que la naturaleza dispuso para sus hijos! ¡Pueblo de Francia, la forma más pura de toda la gloria te ha sido reservada! ¡Sí, a tí corresponde, la primera, ofrecer al mundo este maravilloso espectáculo!

Las antiguas costumbres, las convenciones anticuadas levantarán nuevamente un obstáculo al establecimiento de la República de los Iguales. La organizacion de la igualdad real, única clase que responde a todas las necesidades sin crear víctimas, sin costar sacrificios, acaso no satisfará a todos al principio. El hombre egoísta, el hombre ambicioso temblará de ira. Los que injustamente tienen bienes gritarán contra su injusticia. Los goces exclusivos, los placeres solitarios, la comodidad personal ocasionará amargas quejas entre los individuos que han medrado a costa del trabajo de otros. Los amantes del poder absoluto, los viles defensores de la autoridad arbitraria difícilmente harán que accedieran a que sus jefes sean doblegados al nivel de

igualdad real. Su corta vista apenas penetrará hasta el cercano futuro del bienestar común. Pero ¿qué pueden hacer unos pocos miles de descontentos contra una masa de hombres, todos felices y sorprendidos de haber buscado durante tanto tiempo una felicidad que tenían al alcance de su mano?

El día siguiente a esta verdadera revolución dirán con asombro: ¡Cómo ¿podría conseguirse el bienestar común a cambio de tan poco? No necesitábamos más que quererlo. ¿Porqué no lo hemos querido antes? ¿Porqué fue necesario que nos lo dijeran tantas veces? Sí, indudablemente con un hombre más rico en la tierra, más poderoso que sus vecinos, que sus iguales, el equilibrio se rompe, el crimen y la miseria aparecen en el mundo. ¡Pueblo de Francia! ¿Qué señales os servirán en adelante para reconocer la excelencia de una constitución?: Aquella que descanse enteramente sobre una igualdad de hecho es la única que os beneficiará y satisfará todos vuestros deseos.

Las aristocráticas promulgaciones de 1791 a 1795 solo han remachado vuestras cadenas en vez de soltarlas. La de 1793 fue indudablemente un gran paso dado hacia la igualdad real, y nunca antes había estado ésta tan cerca; y sin embargo no consumó la aspiración y no alcanzó el bienestar común, cuyo gran principio, no obstante, consagraba solemnemente.

¡Pueblo de Francia! ¡Abrid vuestros ojos y vuestros corazones a la plenitud de la felicidad. Reconoced y proclamad con nosotros la República de los Iguales.

Tema E: La dictadura militar.

Napoleón Bonaparte (1769-1821)*

Cuando, en el mes de marzo de 1796, el joven General Buonaparte es destinado a mandar el Ejército francés que opera en el frente italiano, un Jefe de Batallón, Suchet, que más tarde será Mariscal del Imperio, contesta sin recato a quien le pregunta por el nuevo jefe: "Es sólo un intrigante".

Por lo menos, una cosa era cierta: aquel General en Jefe de veintiséis años, sin una hoja brillante de servicios de campaña, era casi un desconocido, un hombre que podía parecer aupado más por la espuma de la política que por los méritos contraídos en el Ejército. Y, sin embargo, muy pronto, en aquella inmediata campaña de Italia, el talento militar de Napoleón se iba a revelar deslumbradoramente, a la vez que se pondrían de manifiesto sus dotes excepcionales de político. Aquel año, a la cabeza del Ejército de operaciones en Italia, un hombre de esos que ponen jalones al tiempo hacía irrupción en la Historia.

Napoleón había nacido en Ajaccio (Córcega) el 15 de agosto de 1769, y hacía el número cuatro de los hijos de Carlos Buonaparte y Leticia Ramolino. Pero dos de sus hermanos mayores habían muerto prematuramente; el mayor de los sobrevivientes era José. Luego, la prole Buonaparte fué en aumento: Luciano, Elisa, Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo. Todos ellos habían de verse envueltos, de una u de otra manera, en el resplandor de la estrella de su hermano. Para ellos hubo un día cargos, honores y reinos.

Cuando Napoleón nació, los corsos oponían la última resistencia armada a la reciente ocupación francesa. Pero la batalla

---

* Esta introducción se ha reproducido del libro de Forjadores del Mundo Contemporáneo. dirigido por Florentino Pérez-Embid Tomo I. Barcelona: Editorial Planeta. 1959. D. R. Copyright (c) 1959 by Editorial Planeta, Reproducción hecha con permiso de los editores. Ppa. 243-252.